

Eugenio Camilo Branchi

«¡Y el cóndor, volando, murió!» (*)

He aquí el libro de tu heroísmo—hijo de la ardiente Tierra que el destino quiso forjar a cimitarra!—y yo, con el corazón te lo dono para que tú vuelvas a encontrar en la virtud antigua de los Padres el mismo indómito valor por la conquista bien igualmente alta—en la Paz—de tu devenir civil y social.

Y si la pluma ha faltado a tanta epopeya, quieras tú considerar solamente en el autor—hijo de una Tierra lejana—el dulce sentimiento que lo ha impulsado.

—E. C. BRANCHI.

En Valparaíso, el día de la Pascua
del 1921.

(*) Este poema en prosa fué escrito por el Dr. E. Camilo Branchi, catedrático en varias universidades norteamericanas, en ocasión de una de sus visitas a Chile, en 1919. La primera edición, publicada en Valparaíso, fué rápidamente agotada. La dirección de «Atenea» exhuma el poema no sólo por su valor histórico y literario, sino también para demostrar el interés y el amor hacia Chile de un extranjero que ha podido estudiar objetivamente el Combate Naval de Iquique y captar el espíritu de nuestros héroes como ningún otro extranjero pudo hacer.

I

LA ESMERALDA

«Queda suprimida hasta segunda orden la palabra—¡Quién vive!—que será reemplazada por la palabra «Esmeralda».

Williams Rebolledo.

A bordo del «Blanco Encalada». En la mar, mayo 18 de 1879.



URGIO el alba muda de aurora—en aquel día de Iquique—y la costa toda se envolvió en el denso y tupido velo de la camanchaca. Sólo la escarpada masa de los montes destacábase, mancha obscura del océano nebuloso.

Parecía que el rayo del sol quisiera retardar su aparición para solemnizar con la gloria completa de sus esplendores, una escena más sublime.

Callaba la bahía envuelta en aquel manto. Una leve brisa soplaba. Venía de los desiertos del norte y se deslizaba por el mar cantando por entre las arboladuras de las naves, la diana de los marineros. El mar no gemía; susurraba. Susurraba la plegaria matutina, fluviendo religiosamente en largas ondas oceánicas que recogían coronas de frescas y pequeñas olas alrededor.

El Dr. Branchi, que tiene otras actividades a favor de nuestro país, es también autor de obras traducidas en varios idiomas y conferenciente muy estimado en los círculos culturales de la capital. Reside ahora en Chile con su familia.

Nos es grato reproducir la dedicatoria de su primera edición, publicada bajo el título de «La Cimitarra Ardiente».

dor de los cascos de tres naves. Era la división bloqueadora. Dos vigilaban. Una, fondeada frente a la ciudad—cerca de un transporte de tropas—atisbaba el enemigo atrincherado en tierra; la otra, inmóvil en la embocadura de la bahía, atisbaba al enemigo oculto en el mar.

Las dos naves que portaban aquel día, en su viejo corazón de madera, el destino de Chile, eran una corbeta y una cañonera: la *Esmeralda* y la *Covadonga*.

* * *

El crepúsculo del alba, elevándose, ahuyentó la niebla y la masa del mar brotó de la sombra como una plúmbea esmeralda sin límite. El horizonte se delineaba, lentamente.

A bordo de la cañonera el ojo atento escudriñó por largo tiempo la línea indecisa. Una voz descendió de la cofa:

—¡Humo al norte!

Un guardiamarina que paseaba sobre la toldilla, dirigió en el sospechoso rumbo el largo tubo de su catalejo, lo repuso después y miró la hora. Eran las seis y media. Entonces bajó al interior de la nave, velozmente.

Allá lejos, en el horizonte, el cielo y el mar se besaban sobre un hilo tortuoso, que sin interrupción corría hasta la costa. Sin embargo, el ojo marino entreveía y fijaba una huella. En la dirección del noroeste, casi arrimado a la tierra, un sopillo suspendido, evaporaaba en el cielo. Se adivinaba, no se veía.

Poco a poco se agrandó, tomó apariencia de humo,

volvióse penacho, se encorvó, se formó en cáliz, se descinó...

La cañonera no estaba más inmóvil, un estremecimiento la había sobrecogido. Navegaba a poco vapor, con los foques al viento, dirigida hacia la probable amenaza. Quería ver. Después de pocos minutos viró de bordo mientras sobre la driza de mesana subía la señal:—¡Naves a la vista!—. Y la señal fué confirmada por una salva de artillería que despertó los ecos profundos de las montañas adormecidas.

Mas, la nave anclada estaba ya alerta. Sobre su puente de mando el guardiamarina de vigía—Zegers—observaba intensamente el punto lejano. No aparecía ya más «la traza fuliginosa» como el indicio de una sola nave; aparecía como el vomito negro de una entera flota navegando en orden de fila. Murmuró para sí, después de un instante:

—¡Deben ser los nuestros!

Dudó, sin embargo.

* * *

Las ocho.

La hora sagrada de la bandera sonó por los campanarios de Iquique, y los toques parecieron quedar suspensos en la atmósfera un instante; después disminuyeron, debilitándose, en lontananza.

Sobre la cubierta de las naves vigilantes, la orden de izar la bandera fué impartida.

La *Esmeralda* erguízase con su alta arboladura en el corazón de la bahía. La Covadonga a la embocadura, proa a tierra, replegaba. En la playa, atraídos por el estampido del cañón, los primeros curiosos comenzaban a afluir.

Sobre la cubierta de la corbeta la voz del clarín resonó y la vida surgió de los puentes, de las baterías, de las máquinas y de los castillos. Y fué un murmullo, un seco vocear de mandos, un acudir de marineros, un trinar de risa, un formar de gente en la popa.

Después el silencio religioso del rito que tiene por altar la Patria, sobrevino.

Y la bandera tricolor con su estrella solitaria, lenta y solemne, subió al tope, extendiéndose toda a la brisa.

Y entonces el sol no retardó más. Como llamado por el destino un rayo de oro rasgó el último velo de la niebla, y envolvió todo el emblema en un beso que fué un sello de gloria, en un abrazo que fué un palpitar de volubilidad. Besó la bandera e hizo de ella un Altar. El Altar del más puro heroísmo, delante del cual toda la nación se debía arrodillar enorgullecida y sollozante, porque del signáculo de muerte habría nacido la grandeza y la virtud sublime de la raza. Abrazó la bandera e hizo de ella un Sudario. El Sudario inoculado que otra mano no debía tocar y que después de haber aventado como un juramento, gárrula y risueña, sobre el cementerio flotante, debía victoriosa descender entre la vorágine del océano y reaventar eterna a las brasas de las olas, para demostrar al mundo atónito la gallardía de los hijos de Chile que saben el camino de la muerte, no el de la rendición.

Y aquella bandera de cada día, pobre y remendada, fué la bandera de batalla, digna de los Héroes.

* * *

La Esmeralda.

Un oficial de alta estatura—gallardo como un atleta y bello como un héroe—la barba a la nazarena, la nuca calva aureolada de crespos y el ojo dulcemente sereno, subió a la toldilla. Con una mirada y un volver de cabeza abrazó toda la escena. Cogió de un subalterno el anteojos y lo fijó largamente sobre las naves lejanas.

Rompió el silencio la voz del teniente Uribe:

—¡Son el *Huáscar* y la *Independencia*!

El oficial—que ya había adivinado—le miró y preguntó:

—¿En qué los conoce?

—El *Huáscar* por el trípode en el trinquete... la *Independencia* por el espolón...

La segunda confirmación le vino desde la cubierta de la cañonera que se había acercado. Estaba sobre el puente un altivo y ágil oficial: el comandante Condell.

—¡Enemigo a la vista!

Entonces el oficial de la *Esmeralda* le ordenó por toda respuesta con voz fuerte:

—¡Que almuerce la gente!—y en el acto agregó:

—¡Seguir mis aguas!

Y rápidamente, dirigiéndose a los oficiales subalternos reunidos en grupo detrás de él, ordenó con tono seco y deciso:

—¡Atentos a zarpar! ¡Libra el anclote! ¡Iza la gala menor! Marca ruta sur al transporte! ¡Llama el corneta! ¡Prontos en máquina!

El ingeniero Hyatt se hizo hacia adelante:

—¡Dos calderos están inutilizados, señor!

Replicó jefe:

—¡Adelante a toda fuerza!

Cinco minutos después la corbeta navegaba al norte, seguida de la cañonera.

* * *

La atmósfera se había despejado; el horizonte estaba límpido.

Bajo el penacho de humo habían aparecido dos puntos; los dos puntos se habían convertido en dos naves. Se veían claramente ahora proyectarse sobre el azul del cielo, una tras la otra. La primera, semejante a una masa de acero, rematada en un martillo monstruoso; la segunda, al flanco, parecida a un coloso de arboladura magnífica.

Las naves enemigas tenían un andar de once millas; las chilenas, con un andar de cuatro, arrastrábanse al encuentro.

De repente en el tope de popa del *Huáscar*, sobre la bandera peruana, un grande, inmenso pabellón de batalla se desplegó al viento, y una blanca nubecilla anunció la salva del cañón.

El Perú, para su guerra, izaba el estandarte más grande del mundo y lo afianzaba estruendosamente.

* * *

¡El *Huáscar* y la *Independencia*!

El poderío de los Virreyes contra la Cenicienta colonia de la vieja España; la potencia naval del Perú opulento contra la frágil reserva del Chile paupérrimo; la última expresión de la ciencia bélica contra las

últimas herederas de las galeotas armadas en guerra; las tripulaciones más instruidas de toda una armada contra un puñado de muchachos inexpertos; veinte y cuatro cañones contra catorce espingardas; la coraza contra la madera; el porvenir contra el pasado...

En el contraste estaba la epopeya.

* * *

Allá distante, detrás de la isla, un vapor que batía los colores norteamericanos estaba desapareciendo a la vista. Era el transporte *Lamar* que huía.

En la costa un gentío de curiosos llenaba los muelles y los peñascos. Grupos de personas afluían de la ciudad y se esparcían a lo largo de la playa, hasta el Colorado, para estar más cerca, para asistir mejor. La presencia de las naves peruanas excitaba el cruel instinto de la multitud. Se sentía olor de batalla, se invocaba el estrago—de lejos—de los débiles casi inertes. La muchedumbre voceaba: —!Viva el Perú! ¡Ahora sí...! Ahora sí...—Se tendían los puños hacia las naves que se preparaban al holocausto.

La bandera roja y blanca guiñaba desde lo alto de los cobertizos, de las casas, de los flotantes del puerto.

El alma vengadora de la tierra uníase a la proveniente del mar para aislar en un oasis de odio a la pobre chusma de los abandonados. Ellos estaban solos como los Elegidos; mas sobre ellos abriáse, por el anchuroso horizonte, el ojo luminoso del mundo.

* * *

La brisa se había plegado hacia el oeste y no espiraba más; soplabía.

Las olas llegaban largas y verdosas a los bajos fondos de la costa y se rompían sobre los escollos devanando caprichosos encajes de espuma que se infiltraban, desvaneciéndose, en el espejo de las aguas más quietas. Los lobos emergían sus negras y apacibles cabezas, en tropeles, recreándose. Arriba, por los cielos, en largas y extrañas filas concordes, oscuros pajarracos y cándidas gaviotas, cruzaban—y sobre las puntas de las peñas innumerables, otros reposaban en actitudes tan inmóviles, que parecían esculpidos en la piedra.

Bajo la caricia del sol matutino no había más que un silencio luminoso, roto por el alboroto de la multitud humana y por la gritería incompuesta de la multitud alada.

La tragedia incumbía al norte.

* * *

La marcha de la *Esmeralda* era fatigosa.

Sus máquinas estaban viejas, sus calderas decrépitas. Se arrastraba a duras penas como sobrecogida por una parálisis. No bastaban los corazones de los audaces para lanzarla contra el enemigo, como un proyectil. Habría sido débil; más que débil, inocua en su inmovilidad. La impotencia replegó su proa, después de un cuarto de hora de camino, hacia la costa donde habría buscado—con el puesto de combate—la glauca tumba de su heroísmo.

Sobre la toldilla estaba siempre el marino—gallardo como un atleta y bello como un héroe—. Ceñía esta vez la espada; y tres galones de oro, llevaba, sobre las mangas negras de la levita flamante. Tras él estaba un muchachuelo de quince años, con el clarín pronto entre sus manos.

* * *

De repente, algunos toques sonoros inundaron la cubierta. Fué como una atracción magnética. Por la segunda vez la gente acudió. De las escotillas, de los entrepuentes, de los alcázares, de las máquinas, de las cofas, emergieron corriendo los marineros, los mecánicos, los gavieros, los soldados. A los pies de la toldilla, en el entrepuente, se reunieron encuadrados por sus oficiales.

Eran hombres que tocaban los extremos de la vida: había viejos, había muchachos. Los adultos en el vigor de la virilidad faltaban. La flota que navegaba hacia el norte, los había acaparado. No habían quedado más que los débiles, los inexpertos y los veteranos, porque el servicio del bloqueo no debía presentar peligro... Los grumetes de catorce años se mezclaban a los bronzeados y barbudos lobos de sesenta. La pipa junto al chupete.

Solamente los oficiales, en la plenitud de la vida y de la belleza, mostrábanse ágiles, vigorosos, enérgicos, audaces. Se llamaban: Serrano, Uribe, Riquelme, Hyatt, Zegers, Hurtado, Guzmán, Sánchez, Mutilla, Wilson, Manterola, Fernández, Gutiérrez, Goñi.

Vino entonces, sobre ellos, el rígido mando del «Atención».

Un instante de silencio profundo, sucedió: de aquel silencio que precede a la ráfaga arrebatadora del ardor bélico y del entusiasmo patriótico. Todas aquellas cabezas, de rostros mofletudos y rugosos, en cuyas venas afluía vertiginosa la fiera sangre de la raza de Arauco, estaban dirigidas, intensamente atentas, al

comandante, que resaltaba sobre el puente, perfilándose contra el cielo luminoso como un gigante.

El *Huáscar*, allá lejos, se divisaba.

El oficial vió todas aquellas pupilas fijas, vivas como nunca.

El los dominaba con la mirada serena. Estaban en su puño, adherentes a su destino. Tal vez los miró con el corazón palpitante. El podía con su palabra crearlos magníficos héroes, ofreciendo el holocausto; podía lanzarlos al abismo ignominioso de la vileza, ofreciendo la salvación.

¿Hubo lucha por el dilema? — ¡No!

El era en ese momento el campeón de toda una raza. Los siglos de la civilización latina y de la india fuerza pulsaron en su alma inmortal.

Como su cielo y su mar inmaculados, celeste era su nombre. Se llamaba Arturo Prat.

La historia le había elegido. La historia pasaba.

* * *

La historia se detuvo...

Se inclinó el Comandante, sobre la baranda, descubriendose. Sin emoción, enérgicamente, como conviene a un soldado, dijo:

— ¡Muchachos! Los buques más fuertes de la flota enemiga están delante de vosotros. La contienda es desigual. Hasta hoy nunca se ha arriado nuestra bandera y confío en que no será esta la ocasión de hacerlo. ¡Animo y valor! ¡Mientras yo viva esa bandera flameará por la gloria de Chile y si yo muero mis oficiales sabrán cumplir con su deber!

Después levantando la derecha confirmó las palabras con el grito sagrado de su amor de marino:

—¡Viva Chile!

El torrente impetuoso del entusiasmo trastornó los márgenes de la disciplina. Un alarido se desencadenó de la multitud delirante mientras cien gorras lanzadas por manos nerviosas al aire, se precipitaron al agua. Un alarido se desencadenó que fué más sagrado que un juramento y llevado en alas de la brisa pasó como una incitación sobre la cubierta de la *Covadonga*, voló como una roja amenaza sobre la costa inhospitalaria y debilitóse—lejos, lejos—por el irisado océano hasta los puentes blindados de las naves enemigas.

—¡Viva Chile!

Y fué este el desafío de los morituros.

* * *

Como una novia que se adorna para subir al altar, la *EsmERALDA* se preparó a sus nupcias con el mar.

Resplandeciente bajo el sol, desde el tope del palo mayor hasta las tuercas de las claraboyas, su vetusto despejo aparecía exuberante de vida y de jovialidad. También los hombres se aprestaban. Mientras la gente engullía, entre chanzas joviales y rumores de risas, la frugal comida en la intensa tarea de la preparación, el comandante bajaba por un instante al camarote y sacaba, junto a tres fotografías sagradas a su amor de esposo y de padre, los secretos papeles militares confiados a su honor de marino.

En vano sobre el castillo, Cabrera, ayudado por Fernández, hacía esfuerzos en preparar un torpedo con recipientes de latas y con saquitos de pólvora. En vano en las entrañas tenebrosas donde la ígnea fuerza se crea, Hyatt y Manterola procuraban con la obra

solerte de los mecánicos de enmendar y proteger, para la hora de la prueba, el herraje enmohecido de las máquinas y las calderas.

La *Esmeralda* se arrastraba a la costa, seguida a doscientos metros por la *Covadonga*.

Ella buscaba ante el anchuroso blanco de la ciudad las aguas más propicias para la última resistencia.

La monstruosa proa del *Huáscar* se diseñaba crudamente pardusca a sólo tres millas de distancia.

* * *

El último diálogo de los héroes hizo entonces de lanzadera, devanado por la bocina de las dos naves.

—¡Comandante Condell!

—¡Señor!

—Mantenerse a poco fondo y usar proyectiles acerados. Cumplir con su deber.

—¡All right!

—¡Salvar el honor de la bandera!

—¡All right!

Al comando respondía la activa obediencia de la acción. Condell integraba a Prat. El primero era tenaz, calculador, severo; el segundo audaz, temerario, jovial. El destino, más feliz que nunca, los había elegido para inmortalizar, en los fastos navales de las marinas mundiales, la joven armada de Chile; para escribir en caracteres de bronce, en el libro sagrado de la Patria, la epopeya maravillosa. Ambos eran dignos de ello.

Ambos tenían en el hueco de su mano la más fulgida gloria de un entero continente.

* * *

—¡Al puesto de combate!

El *Huáscar* avanzaba en una turbonada de humo, con los cañones tendidos delante de la blindada torre amenazadora. No estaba más que a dos nudos. No obstante sus cañones callaban.

¿Por qué?

¿Se ilusionaba Grau, tal vez, con que las naves sagradas a la gloria de Chile alzarián la insignia blanca en señal de rendición, tan sólo ante la altanera potencia del monitor y de la fragata?

¿Se ilusionaba Grau, tal vez, con que también en la armada de Cochrane existieran el miedo y la cobardía, que otras marinas decadentes habían adoptado con la excusa de ahorrar, junto a un tributo de sangre, un inútil combate?

Debía al instante desengañarse.

Ya la *Esmeralda* se erguía como un desafío, empavesada de banderas. Los hombres, desdeñosos y vivaces, atendían enclavados cada uno en su sitio de zafarrancho. Parecían ocupados en un juego y no reparaban en que el juego era de Titanes. Parecían aprestarse para una ceremonia y no reparaban en que esa ceremonia era la de la muerte.

El entusiasmo manaba locuaz y rumoroso. Los soldados estaban en las piezas; los gavieros sobre las vergas; los marineros en las cofas; los grumetes en la Santa Bárbara; los mecánicos en los antros de las máquinas.

Se cantaba, se reía, se silbaba...

Cerca de la muerte, más intensa es la vida.

* * *

Un hombre, en traje de paisano, se acercó al Comandante:

—¿Y yo, señor, en qué podré ser útil?

Prat al verlo sonrió y le dijo:

—Trate de llevar un apunte minucioso de los efectos de los disparos, ya sean nuestros o del enemigo, y si esto no fuera posible, ayude al cirujano en sus tareas.

El intruso era el ingeniero Agustín Cabrera Gacitúa. El gobierno de Santiago lo había mandado para establecer las comunicaciones cablegráficas en el territorio conquistado.

* * *

De pronto la escena cambió.

Una mancha blauecina cubrió la cubierta del *Huáscar* y un estampido formidable retumbó por la bahía. Casi al mismo instante, en el breve espacio de mar que permanecía libre entre los buques, una columna de agua se elevó altísima y precipitó, verdosa y espumante, levantando un hervor de olas. Las rociadas traídas por el viento llegaron hasta el borde de la corbeta y golpearon los rostros de los marineros.

El primer fuego los bautizaba con el agua.

A los mastines de a 300 libras que aullaban, no respondieron los ladridos de los cachorros de a 24. Demasiada era la distancia aún. Contestó el alarido sobrehumano de las dos tripulaciones y las notas marciales de la «Generala», que sellaron el bautizo como un desafío hasta la muerte.

—¡Viva Chile!

Eran las 8.35.

El telón caía sobre el primer acto de la tragedia. La batalla se iniciaba.

* * *

La batalla se iniciaba bajo la solfa de las artillerías enemigas, en plena maniobra, a tres mil metros.

Mas no se amedrentaron las naves de madera.

La *Esmeralda* detúvose a la distancia de una gúmena del muelle del «Ferrocarril» y se volvió presentando la proa a los agresores. La *Covadonga* se insinuó en los bajos fondos de la isla roqueña, hasta cerca de las rompientes, y buscó en las fragosidades submarinas el camino del retorno.

El *Huáscar*, bajo el impulso de la velocidad, desgranando a breves intervalos sus tiros—pasada más allá de la embocadura de la bahía la altura de la corbeta—hizo blanco de sus artillerías a la cañonera. La *Independencia* que bajaba del norte—de costa a costa—confundiéndose en la sinuosidad de los montes, llegada a distancia de tiro, abrió fuego sobre la *Esmeralda*.

Entrada en el radio de acción de las pequeñas artillerías, la resistencia chilena desprendióse vivacísima. Los dos cañones de la *Covadonga*—más rápidos y modernos que los de la corbeta—contrabatieron solícitos al enemigo antes que sobre el puente de la *Esmeralda* el corneta tocara a rebato: «Romper el fuego».

Prat con toda su voz, mandó:

—¡Fuego por andanadas!

Las seis piezas de estribor rugieron vomitando si-

multáneamente sus almas de bronce. El casco tuvo un estremecimiento. Los puentes se envolvieron en humo.

Ningún instrumento faltaba ya; el concierto era completo.

* * *

Tuvo el honor de la primera sangre la *Covadonga*.

No habían corrido diez minutos del tiro inicial, cuando una gruesa bomba del monitor estalló sobre la cañonera. La masa de acero desgarró el casco de parte a parte, arrancando la base del trinquete y saliendo casi a la línea de flotación. La roja linfa humana corrió sobre cubierta, bajando por los muñones de las piernas del cirujano Videla. Una astilla le había amputado, como con tajo neto de bisturí, los pies. Y con Videla otros seis hombres cayeron.

El tiro mortal excitó la ira de los de la playa. Algunas barchas—se vieron—cargadas de gente armada, dirigirse al abordaje. Mas, la presa tenía aún las garras del león.

El *Huáscar*, al auxilio inesperado, abandonó el blanco de la *Covadonga*, y velozmente diseñó un grande arco que lo llevó hasta las aguas de la isla para sondear en el abierto horizonte del sur, la huella de una posible sorpresa.

...la escuadra chilena navegaba a esa hora, muy lejos, sobre la costa peruana... .

* * *

Tuvo el honor de la segunda sangre el *Huáscar*.

La grande evolución concluyó cuando su proa encontróse en el rumbo de la *Esmeralda* y detuvo su ma-

sa veloz en el corazón de la bahía, en el punto mismo en que estaba el centro del triángulo formado por las naves combatientes.

La cubierta y los puentes del *Huáscar* estaban desiertos; solamente a popa se distinguían un oficial y dos marineros afanados en la maniobra de las señales.

El oficial era el teniente Velarde.

Cuando izó la señal a la *Independencia*: «Ultimar la cañonera»—su destino se cumplió. Cayó extendido sobre la toldilla traspasado por un proyectil, que, desde una cofa de la nave de Prat, le habían disparado.

Su sangre respondió a la sangre de Videla. Y quedó—trágico espectador—durante todo el combate allá, en su puesto de combate y de honor, para demostrar las virtudes crueles de la nueva táctica de guerra.

La *Independencia* se lanzó hacia la costa en persecución de la *Covadonga*, la cual, asmática y amenazadora, buscaba esquivar a los piratas de la playa, ganando la punta de la isla.

«Ultimar la cañonera».

La señal dictada por Grau y ejecutada por Velarde, marcó también la sentencia de la bella fragata de Moore que, tres horas después, debía aniquilarse sobre la roca submarina de Punta Gruesa cañoneada por la *Covadonga* agonizante.

* * *

En dos duelos se dividió la batalla naval: uno al norte, inmóvil; el otro al sur, navegante.

El *Huáscar* contra la *Esmeralda*; la *Independencia* contra la *Covadonga*.

Grau contra Prat; Moore contra Condell.

Cuatro naves; cuatro destinos. La Sublime a pique; la Vencida encallada; la Huyente herida; la Victoriosa incólume.

Victoria del Perú que marcó su derrota; derrota de Chile que marcó su victoria. Iquique fué para Prat lo que Asculum fué para Pirro. La victoria de la derrota.

Sobre el escollo de Punta Gruesa naufragó, junto con la potencia naval, la esperanza del Perú legendario, y no quedó a la tierra suntuosa de los Incas más que un corazón gallardo y generoso: Grau.

* * *

La *Esmeralda* era una gloria.

Todo su pasado adhería completamente a la historia de la marina de guerra. Desde el tiempo de la Independencia la tradición de la magnífica armada de Cochrane no era sino un recuerdo.

La *Esmeralda* fué el anillo de conjunción entre las dos flotas, las cuales eternizaron en el bronce de los siglos los destinos de la República.

La *Esmeralda* fué la progenitora de la nueva marina que vino de mano en mano aumentando hasta resplandecer, en nuestros días, con la armada poderosa de que es máximo exponente el formidable «dreadnought» de Gómez Carreño.

Fué el primer buque de guerra a vapor.

En su seno dos categorías de marinos habían nacido: los torpedistas y los ingenieros.

De por sí sola había sostenido una guerra: la campaña contra España. Catorce años antes—en el 1865—había representado toda la potencia naval de la pequeña República del Presidente Pérez contra los navíos de línea de Su Majestad Cristianísima. Esca-

pada a la captura, había capturado. Al mando de Williams Rebolledo, en las aguas de Papudo, bajo los propios ojos del enemigo, se había apoderado a viva fuerza de una corbeta.

¿Cómo se llamaba aquella corbeta?

Se llamaba Covadonga. Aquella misma Covadonga que ahora le era hermana inseparable en la gloria y en la muerte.

¿A quién sino a la *Esmeralda* se le debía imputar el suicidio del almirante español Pareja?

Había ya conocido el naufragio, en la terrible tempestad del 24 de mayo de 1875, cuando se varó en la playa vengativa del Barón.

Era, pues, una nave fatal y predestinada.

Tenía el océano del Cabo de Hornos, del golfo de Peñas, y de la isla de Pascua desde veinte y tres años.

Había visto pasar por su cubierta la flor y nata de los marinos chilenos: Blanco Encalada, Williams Rebolledo, Thompson, Latorre, Bynon, Riveros, Lynch.

Prat fué el último de sus comandantes, pero fué el primero de sus Héroes.

La *Esmeralda* era la «abuela» venerada por la entera marina. Ella representaba la tradición; más que la tradición representaba el honor; más que el honor representaba la gloria de Chile.

No podía morir sino gloriosamente.

* * *

Los lobos habían desaparecido en las glaucas profundidades submarinas llevando en los ojos dulces, el terror de la tragedia humana.

Y los pájaros gigantes y las gaviotas pequeñas—que a nubes, cruzando en rápido vuelo, desde siglos

repulían el espejo fluctuante de la bahía, narrándose con un chillido lamentoso las historias azules de las olas,—se habían primero elevado altísimo; después, espantados, se habían dirigido a los montes, posándose en anfiteatro sobre las cumbres, y de allá arriba miraban—mudos espectadores—el epílogo monstruoso que se desarrollaba a la luz plena del día.

II

EL CONDOR

«No tengo ninguna ambición, los honores ni la gloria me arrastran; pero puedo servir en algo a mi país...»

Arturo Prat.

de una carta a su esposa, el año 1873,
desde Mejillones.

El duelo del norte fué la apoteosis en que desapareció, llena de gloria, la vieja marina a vela.

Arturo Prat había conducido a la *Esmeralda* entre dos fuegos, en el punto muerto de las trayectorias, a fin de que las granadas del *Huáscar* cayeran sobre la ciudad, y para que las baterías de la costa alcanzaran el *Huáscar*. Eliminaba el tiro rasante que era mortal, obligaba al tiro de elevación que era inseguro. La agitación misma del mar debía serle aliada. Mas él no prolongaba de tal modo sino el sollozo de la agonía...

Cruzando a ochocientos metros, el monitor disparaba. De cinco en cinco minutos el estruendo característico de los gruesos cañones sacudía la atmósfera. El espejo de agua, cerca de la costa, animábbase de

espumantes fuentes; las rocas de las escolleras se trituraban; algún techo hundido de los cobertizos del puerto, humeaba.

Inconmovible y altiva, la *Esmeralda* respondía. Respondía desde los portalones, desde las cofas, desde las claraboyas, disparando todos sus cañones, sus ametralladoras, sus rifles.

Por cada tiro peruano, cinco chilenos contrabatían.

Sobre el blanco mudo y desierto del monitor los veteranos del viejo buque-escuela demostraban vanamente su pericia. Los proyectiles de a 24, bien dirigidos, cuando no se pulverizaban, se estrellaban contra la torre acorazada, como balas de revólver sobre la piel impenetrable de un paquidermo.

La corbeta era una pirotecnia, que se apagaba sin herir.

* * *

Por entre las jarcias los elevados tiros del *Huáscar* pasaban.

La *Esmeralda* se estremecía a cada andanada. El clamor de la batalla, el acre olor de la pólvora, la visión de la sangre, habían otra vez despertado en los chilenos el ardor guerrero de la raza de Arauco.

En las pausas entre el estruendo de los cañones y el estrépito de la fusilería, sucedíanse como dardos los toques de la corneta incitadora y el griterío delirante de la tripulación ebria de entusiasmo.

Prat paseaba sereno sobre el puente. Cabrera, tras él, miraba atentamente las maniobras del enemigo. El segundo comandante—Uribe—mandaba sobre el castillo proal. Serrano gobernaba la batería frente al *Huáscar*. Sánchez la batería que dominaba la playa.

Fernández, en el entrepuente, tenía a su cargo las provisiones. Riquelme, Wilson, Zegers y Hurtado estaban al mando de las piezas.

A cada golpe un «¡Hurra!»

Mas el entusiasmo no bastaba a herir al coloso. El sobresalto de las bordadas desconcertaba el casco decrepito, desensamblaba las calderas. El agua entraba en las entrañas del primero y salía por el estómago de las segundas.

De cuatro calderas una sola resistía... Los pozos de la sentina gorgoteaban...

El *Huáscar* estaba impasible, pero torvo; la *Esmeralda* estaba convulsa, pero briosa.

La cubierta de la corbeta, hormigueante de gente, estaba viva; la cubierta del monitor, privada de almas, parecía muerta. Los cañones chilenos disparaban al descubierto bajo la luz del sol; los cañones peruanos disparaban escondidos, en las tinieblas protectoras del blindaje.

Sobre los puentes de la *Esmeralda* estaba el sollozo; sobre los mástiles reinaba la sonrisa.

Las banderas alegres chasqueaban al viento: sobre la mesana la insignia de mando; sobre el palo mayor el gallardete; sobre el trinquete la bandera de guardia; sobre la popa el sagrado emblema de la Patria.

* * *

Una embarcación con cuatro bogadores se alejó de tierra y, haciendo fuerza de remos—prudentemente, girando a lo ancho—dirigióse hacia el monitor. Cuando Prat la vió esconderse tras el casco del enemigo y después de pocos instantes reaparecer, pensó en una represalia de la parte hostil aún ausente, la de la

playa. Y vió, por calles diversas desembocar en la obstruida explanada de la costa, grupos de soldados que trataban por ocultarse, arrastrando con la ayuda de mulos y de civiles los cañones de campaña del general Buendía.

A Serrano le ordenó:

—¡Poner fuera de combate aquella barca!

Riquelme que apuntaba la pieza de popa a babor, entendió la orden y entre un balance y otro del buque le asestó el golpe que le desgoznó el timón.

Sin embargo, la barca enemiga era una ayuda involuntaria. Había traído al *Huáscar* la revelación de las supuestas minas alrededor del casco de la corbeta; revelación que había dictado a Grau la maniobra de la prudente espera. Desengaño fatal. La acción decisiva del ariete del *Huáscar*, suspendida por dos horas, dejó a la *Independencia* libre el camino de la varada, y permitía a la *Esmeralda* la agonía heroica.

Por una hora la contienda de la artillería siguió nutrita pero incruenta, como si las naves se encontrasen en un ejercicio de fuego que preludia a una fiesta, no a la batalla.

La *Covadonga*, maniobrando hasta entonces en los bajos fondos de la costa, doblaba—finalmente—de sorpresa la punta del islote, perseguida por la fragata cazadora.

Y la *Esmeralda* quedó sola en el centro de un volcán de fuego.

* * *

De repente el combate naval se transformó en batalla costera.

A las baterías de la playa se unieron las baterías

del *Huáscar*. Los pequeños cañones de campaña, micidiales por la proximidad, ulularon como canes rabiosos sobre el viejo cuerpo de la víctima, agarrada ya por el león.

El drama concluía. Subentraba la tragedia.

Prat no se turbó, no arrugó su espaciosa frente. Había previsto el peligro. Había visto las maniobras de los peruanos, separarse, esconderse, excavar trincheras, levantar barricadas ante las piezas (desparpamadas). Ya la segunda división de la batería de estribor había recibido orden de desmantelar los cañones. Ya sobra las cofas los tiradores armados de rifles habían recibido orden de sembrar la confusión entre las filas peruanas. Ardua tarea.

Arremeter al cabillero, levantar una nube de astillas, cegar un cabo de cañón mientras apuntaba una pieza de popa, fueron el efecto del primer tiro de a 9. A Prat, que lo miraba, díjole el artillero:

—¡No es nada, señor!

Y volviéndose a su gente, mandó:

—¡Saca trapos, lanada y carguen!

Una segunda ráfaga pasó por encima de la cubierta y la salpicó de sangre. Se contaron las víctimas: tres muertos y tres moribundos: Más que las terribles granadas del *Huáscar*, los pequeños y agudos proyectiles de 9 eran mortales. Las primeras resultaban inocuas; los segundos traían el estrago. Las primeras podían destruir la corbeta; los segundos mataban a los defensores.

La muerte sentóse desde aquel instante sobre la cubierta de la nave moritura y cínicamente jugó por dos largas horas, con los Héroes, (la invicta), la partida de la vida.

* * *

Cogida entre dos fuegos—destructivo el uno y el otro micidial—la *Esmeralda* sostuvo la épica lucha, festiva de toques y de banderas.

Segaba la muerte caprichosa. Pasaba sobre los puentes y los castillos y las cofas, cabalgando los proyectiles acerados. Volaban las astillas hasta en los antros más recónditos; caían las maniobras de los mástiles; columnas de humo se elevaban en la abrasante atmósfera; se perforaban las mangueras y la chimenea. Los combatientes caían con espantosas heridas, con horribles desgarros y desaparecían llevados por sus compañeros. Pero las filas no disminuían. Por cada muerto un nuevo compañero erguía. Cada puesto vacío se cubría. El material humano era abundante aún.

En los tablones de los puentes, alrededor de las piezas, sobre el barniz de las bitas, extrañas manchas rojas brillaban al sol. Los rubíes de sangre, movilísimos en la cubierta, se agrupaban, se convoyaban, se volvían arroyuelos purpúreos que buscaban los imbornales...

Un primer cañón desmantelado, calló...

Un segundo, extirpado del afuste, rodó sobre el trancanil...

Se hacinaron los muertos. Sólo los que gemían fueron transportados. La enfermería desbordada. La sala de los guardiamarinas estaba llena. Los heridos esperaban al largo turno en la medicación. Poco a poco, comenzaron a faltar los desinfectantes, después las vendas se agotaron...

En la hornaza devoradora, el alma chilena volvió a

ensimismarse: se hizo torva, silenciosa por lo que primero había sido jovial y expansiva. No brillaba más a la boca la sonrisa del entusiasmo; era la bilis ahora que asomaba en la cólera.

Solamente el corneta interpretaba el espíritu inmortal de la nave moritura y tonaba, tonaba, tonaba—desesperadamente—¡fuego, fuego, fuego!...

* * *

Es en aquel torbellino de muerte donde los héroes vieron su Héroe caminar impasible sobre la toldilla como si los proyectiles mismos esquivaran reverentes y admirados tanta grandeza.

Es en aquel culminar del estrago donde le oyeron la orden de forzar la máquina, y le vieron indicar por entre la bruma del humo, al timonel, un punto: Punta Piedras.

Y la *Esmeralda*—la nave de la muerte—se desprende lentamente de su fatal yacifa para encaminarse hacia su tumba, allá lejos, en el mar inmenso,—y en el albo encaje de su estela, desciende el bermejo arroyo de la linfa humana y lo aviva, y lo enrojece...

Tañían las 10, las campanas de Iquique.

* * *

Como un herido cóndor que vuela y se agita de picacho en picacho, bajo el fuego de los cazadores que quieren a todo trance ultimarlo, así la *Esmeralda* se arrastró por las aguas del Colorado, bajo el fuego de mil rifles y de treinta cañones.

Sus máquinas averiadas, enmohecidas, cayentes a pedazos, obraron el milagro de funcionar, impelidas

por la férrea voluntad de un puñado de valientes envueltos en una atmósfera irrespirable de hollín y de vapor.

Si bien la maniobra la libraba de los tiros del ejército, la exponía en cambio a merced de los cañones de la armada; si bien disminuía las pérdidas en las falanges de los héroes ofrecía en cambio al holocausto el casco glorioso.

Dilema espantoso. La muerte suspendía, por cortos instantes, la roja guadaña mientras atisbaba terrible desde las olas.

El *Huáscar*, navegando a poco vapor, atendía al pasaje el seguro blanco que, paulatinamente, se desprendía, en la proyección, de las últimas casas de Iquique. La marcha de la nave moritura hacia desvanecer en Grau la creencia que la corona de las minas circundase la adversaria. Estaba entonces la ciencia de las armas submarinas en sus primeros vagidos.

Maniobrando para coger de lleno el blanco, el monitor avanzó hasta las aguas de la costa y ocupó por un momento la alcobilla abandonada por su enemiga. Hubiera querido pasar entre la playa y la *Esmalda*. No pudo por el bajo fondo. Entonces la siguió en el surco de la popa. Cuando sus cañones no tuvieron más bajo su puntería el anfiteatro de la ciudad, rebramaron terribles. Las trayectorias no dibujaron ya curvas contra el cielo, sino rectas rasantes como flechas arrojadas. Sobre bordo, sobre los puentes, sobre la cubierta se precipitó una más espantosa granizada de proyectiles.

A cada disparo de a 40 que rasguñaba las corazas, un disparo de 300 trágicamente irrumpía en el maderamen inconexo de la corbeta.

A las balas que herían se habían reemplazado las

bombas que mataban. Disminuían los heridos. Aumentaban los muertos. En la ambulancia la febril tarea habíase suspendido. Los héroes caían sin agonía, despedazados, tronchados como plantas desarraigadas por el torbellino.

Una bomba golpeó el casco hacia la popa, perforándolo de babor a estribor y saliendo todavía como un bólido a la línea de flotación. A su pasaje se inclinó impotente la materia decrepita. Mató, desgarró, contorció, destrozó, rompió, hirió, incendió...

Las llamas devoraron el camarote de Uribe. La ola precipitóse en la doble herida.

Toda la *Esmeralda* se escondió tras un vallado de negra humareda.

Y al salvamento—contra el fuego y contra el líquido—debieron, los combatientes, acudir y vencieron todavía para prolongar, más allá, una agonía sobre la que pesaba fatal su fin.

* * *

Si en tierra, terrible es la guerra encarnizada, siete veces más terrible es en el mar. No la inmensa superficie del campo quebrada por obstáculos naturales en que la furia de la batalla se reparte y donde la sangre desaparece absorbida por la tierra, en cambio, pocos metros cuadrados de cubierta flotante, sin protección, sobre los que se concentra el alud más intenso de la muerte, en que los cadáveres se acumulan en un hacinamiento espantoso y donde la sangre viscosa permanentemente escurre.

En la tierra, el muerto héroe al fin yace y descansa; en la móvil nave muere y vuelve a morir—y, en el postrer abrazo del mar, siempre el herido perece.

Siete veces más héroe es el combatiente sobre las olas del mar.

* * *

Buque de madera, almas de acero.

* * *

Y se desgranaron los episodios como las plegarias de un rosario de pasión.

Prat, llegado a la última hora de vida, levantaba serena aquella frente que un disparo de «comblain» había de hacer trizas, y del cerebro—que debía salpicar por la cubierta del monitor—su pensamiento manaba límpido y matemático.

Su grande alma engrandecía la nave y sublimaba la lucha.

El veía, sin conmoverse. Nada se le escapaba. De cuando en cuando detenía el paso tranquilo, dirigiéndose hacia los combatientes.

—¡Un poco corto, señor Zegers! Corrija a la derecha.

A un grumete que le ofrecía una taza llena de agua le contestó:

—Tomaremos en una copa más grande.

Erguíase por entre las granadas milagrosamente inmóvil. Los tripulantes le admiraban como se admira a un dios. Mas no era ni un dios, ni un comandante; era un padre, era un hermano para sus hombres, sencillamente.

La muerte lo respetó para una muerte más bella.

Ruedas era un muchachuelo de catorce años que repartía las bebidas. Brincaba como un cabrito de

proa a popa, llevando en un cántaro el consuelo líquido a las fauces ardientes de los marineros. Saltando del castillo, una astilla de granada le embistió la bella cabeza morena y como un trompo girando fué arrojado a la cubierta, donde rodó largamente hasta precipitarse acéfalo, sobre un cúmulo de maniobras.

Un ayudante de la quinta pieza de artillería recibió de lleno, en el estómago, un proyectil de a 300. Fué despedazado. Los dos muñones de carne sanguinolenta yacieron monstruosos sobre el cubichete de la máquina.

A un grumete le fué extirpada la mano que sostenía un herido. Cuando vió del muñón salir a oleajes su sangre bermeja se exaltó y gritó furiosamente: ¡Viva Chile!

Desde la abertura de un portalón un viejo marinero disparaba flemático su rifle sin darse un instante de tregua. Contaba los tiempos en voz alta como si se hubiera encontrado en un ensayo de tiro. Dijo:— ¡Dos! —y cayó reverso sin una mueca, sin un suspiro. Habló por él, sobre su frente, tan sólo un agujerito orlado de róseo tinte.

Otra cabeza horrendamente separada del busto, voló alta como pelota e incrustóse en la camisa de la chimenea. Llevaba los cabellos sedeños manchados de tinta carmín que contrastaba con el color olivado de la piel. Reía lugubriamente de aquella altura, con la boca contraída, con los ojos abiertos. Parecía quisiese arengar para el sermón de la muerte. Y en realidad pertenecía a Catalino Guerra—cabo de cañón—«parlero entre los parleros».

Uribe que acudía desde el castillo a la toldilla, pronto a las llamadas de Prat, vió a pocos pasos estallar una granada que azotó de lleno el cañón de Zegers.

E ilesó asistió a la matanza de todos los míseros asistentes sobre los cuales la pieza rodó, ultimándolos.

Serrano—sobre quien el hado incumbía—bajó al camarote con Zegers, el amigo del corazón, para tomar la última copa. Y jóvenes, exuberantes de vida, brindaron por la salud...

Subiendo un mecánico, asido de sus rodillas, gritó: —¡Adiós! ¡No hay que darse sino a lo último!

Entre los hombres merodeaba un perro. Era un perro alto y gordillo, de manta blanca maculada de gris, denso de pelo. En el cruzamiento desaparecía su raza. Alguien lo creía de Terranova pero podía ser de una tierra más cercana. Era el perro de la *Esmeralda*.

Vagaba sobre cubierta y coleando se detenía ante los caídos lamiéndoles las manos y las heridas y a veces los rostros cuando, agonizantes, se derribaban sobre los tablones—como a reanimarlos, como a llamarlos a la vida.

Una bomba que penetró por la proa, anonadó la sala de los suboficiales. Otra llevó el estrago al entrepuente del alcázar. Una tercera, violando la enfermería, barrió de una mesa a los moribundos alineados que Guzmán acababa de medicinar...

Sesenta bravos habían ya muerto; solamente la sangre viva de sus cuerpos fluía como esmalte de minio por las tablas en declive de la cubierta.

¿Quién recogió los otros cien episodios de heroísmo y horror de aquella hora suprema?

Nadie.

La muerte en su seno retuvo con otro secreto, el misterio de la última hora de vida.

* * *

La *Esmeralda* era una necrópolis envuelta en las sombras de un cipresal fuliginoso.

* * *

Al huracán de fuego sucedió un período de tregua: la pausa del recogimiento.

Eran las 11.

El *Huáscar* enmudeció. En toda la acción había cruzado a poco vapor el centro de la rada; daba muestras, ahora, de despertarse para una nueva maniobra. Se alejó, rumbo al sur.

¿Escapaba?

¿Dónde estaba la *Independencia*? ¿Adónde la *Covadonga*? ¿Qué hacía aún esa corbeta en la superficie del mar? ¿No era tiempo de concluir?

Velozmente alcanzó el ancho de la isla para escudriñar hacia el camino del sur el duelo lejano que demasiado tiempo duraba. En seguida viró de bordo, atizó los fuegos, elevó la presión y de la chimenea salió a bocanadas el humo negrísimo. Su masa enorme fué lanzada con rumbo a la nave de madera.

La *Esmeralda* había también enmudecido. El nubarrón de humo y vapor desvanecía. Nítido apareció, más tarde, su perfil y admirablemente hermosa descollaba—negro y blanco—contra el fondo ocre de la costa montañosa. Parecía incólume y estaba herida; parecía formidable y era impotente.

Cuando Prat descubrió la nueva maniobra, murmuró:

—Parece que todo va a terminar.

En seguida los toques de atención repercutieron y las órdenes para la suprema resistencia fueron impartidas. Volaron los harapos, volaron los zapatos. Las hachas, las pistolas, los machetes invadieron la cubierta.

Los combatientes semidesnudos quedaron silenciosos en el puesto de zafarrancho.

Prat señaló con el telégrafo mecánico, en máquina, las órdenes. No obtuvo respuesta. Entonces, contrariado, se asomó a la baranda y gritó al guardiamarina Zegers:

—¡Pregúntale a Hyatt si aún podemos movernos!

Y mientras ordenaba al timonel toda la caña a babor, sacó del bolsillo el legajo de papeles secretos, lo desmenuzó y lo dispersó al viento.

El *Huáscar* en una estela de humareda venía hacia adelante con su espolón monstruoso y hendía las aguas levantando dos hinchadas ondas, gibosas de espuma. Era un bólido, un bólido de acero. Se agigantaba a la vista de ojos.

Pocos minutos, todavía.

Las máquinas de la *Esmeralda* volvieron a cumplir el prodigo. Parecía que una voluntad superior las moviese, no la energía del vapor.

Resaltante sobre su túmulo la corbeta no tuvo la fuerza de alejarse, pero tuvo el empuje para moverse, para virar.

Cuando el espolón del *Huáscar* tan solo distaba pocas decenas de metros, la voz de Prat dominó el silencio incumbente:

—¡Fuego por batería! Apuntar a la chimenca y a las torres!

Y el toque de la corneta laceró la atmósfera en el comando agudísimo de ¡fuego!

* * *

El choque fué violento.

La descarga simultánea de los cañones a «boca de jarro» lo hicieron terrible. Todas las voces obscuras de las cosas violentadas se entremezclaron: el crujido de las costillas, el crepitar de la fusilería, el sacudimiento de las olas, el aullido de los marineros.

Una cortina de humo veló el abrazo monstruoso.

El ariete chocó contra el costado de la adversaria a la altura de la mesana—bajo la toldilla—penetrando en ángulo agudo en la aleta de babor; y las dos naves yacieron ceñidas en un momento de espasmo.

La *Esmeralda*, bajo el empuje de la mole formidable se inclinó peligrosamente, precipitando contra la amurada de estribor a su gente en un nudo de cuerpos vivos y cuerpos muertos. Por breve espacio se arrastraron así las naves lidiadoras como dos atletas que a brazos se asen. Después, antes que el monitor se desempeñase a fuerza de máquinas, la corbeta, perdido el contacto, recobró la elasticidad del equilibrio y osciló y reosciló locamente, como ebria.

Fué en el balanceo del enderezamiento—cuando el casco de la *Esmeralda* recuperó violento el contacto con el castillo del *Huáscar*—que la escena maravillosa se desarrolló fulmínea.

Prat había contenido el irresistible choque asido de la baranda de la toldilla. Había visto bajo de él extenderse la cubierta enemiga. En el fragor de la batalla había gritado con cuanta voz tenía, rauda y repetidamente:—¡Al abordaje!—Sus brazos se habían hasta levantado—llamando a sus hombres.

No bien hubo la corbeta, en el balanceo de endere-

zamiento, recobrado el contacto con el monitor—llevando a la altura del castillo peruano la toldilla chilena—cuando Prat, empuñando la espada y elevándola alta—lanzóse sobre el *Huáscar* reiterando sus gritos: —¡Al abordaje, muchachos!

El corneta no sonó. El pobre Bracales—el tamborcillo—había quedado fulminado momentos antes y su cuerpo revolcábese, aún caliente, sobre el tablado. Sus manos estrechaban el instrumento fiel, mudo también. El abordaje no tuvo los toques animadores del «Calacuerda».

Prat no fué oido, no fué visto, no fué sentido. Oprimida fué la voz del Héroe por la tormenta ensordecedora.

¿Y cuáles de ellos podían oírlo en el clamor de la embestida, en el ronco estruendo de las artillerías cuando los pocos sobrevivientes aterrados, se agarraban desesperadamente a los obstáculos de la cubierta que parecía desplomarse?

¿Quiénes podían verlo en la densa y hosca humareda que el *Huáscar* arrojaba, y en la erupción del vapor que las calderas contorcidas dejaban escapar?

¿Quién podía, en aquel segundo huyente, sordo y cegado, seguirlo mientras cuarenta combatientes exhalaban el último suspiro rodando sus cadáveres sobre los cuerpos de los vivos en un macabro y sublime hacinamiento?

En el breve cerco de su voz quien lo oyó fué con El. Dos hombres escalaron la amurada para subir el Gólgota del heroísmo: el sargento Aldea y el marinero Desconocido.

* * *

Soldado era uno, marinero el otro.

El primero descendía de O'Higgins, el segundo de Cochrane.

Comprendían toda la fuerza militar de la República: el Ejército y la Armada.

¿Cuál más digna escolta de honor podía el inescrutable destino concederle al Héroe?

Pero el destino completaba aún más la fatalidad histórica en los tres protagonistas de la admirable hazaña.

Prat, Aldea, el Desconocido. Toda la gama de la organización militar estaba por ellos representada; estaba el comandante, estaba el subalterno; estaba el humilde gregario—el marinero raso.

Y no basta.

Comprendida en los tres Héroes estaba toda la escala social de la nación. En Prat la clase dirigente, en Aldea la clase media, en el Desconocido el pueblo.

No parece historia, parece leyenda.

* * *

El Desconocido.

El hado no le quiso para nada, anónimo.

El pueblo obscuro, trabajador, heroico, miserable, se erguía sobre aquel hombre sin nombre. El era la esencia de la multitud. Su misterio, que la historia sella, es la glorificación del alma proletaria.

¡No una estatua, pero sí un monumento a su memoria!

Un monumento sobre la más alta cúspide nevosa de

los Andes, ante el glauco anfiteatro de su gloria, para eternizar a los Huasos de Rancagua, a los Rotos de la Concepción, a los Audaces del Morro, a los Grumetes de la Esmeralda. Y en el monumento—alto, muy en alto—el hachón encendido del Heroísmo que nunca se apague hasta que el último hijo de Arauco pise la tierra de los Padres.

* * *

Mientras el velo de humo disipábase lentamente, entre la aglomeración de caídos y cadáveres, los sobrevivientes de la *Esmeralda*, levantándose, vislumbraron con la angustia en el corazón,—sobre el puente desierto del *Huáscar*—a su capitán.

El enemigo mismo no se percibió al punto de la audacia. Grau ignoraba e ignoró hasta el fin del combate que tenía a su bordo al comandante de la *Esmeralda*.

Prat surgió con sus comilitones de la aureola de humo también para los rifleros del monitor, que espían desde las cofas y las troneras blindadas. Y fueron sobre el alto del castillo el centro de un fuego cruzado.

Prat no bajó inmediatamente a la cubierta. Tuvo el tiempo de volverse hacia su bella nave y de mirarla por un segundo con amor y reproche. Con amor porque temía que se hundiera en la vorágine. Con reproche porque tras de sí no veía el puñado de los combatientes. Parecía que su mirada dijera a su gente: —¿Por qué me dejasteis solo?

Riquelme, exasperado por la escena, sollozó como un niño sobre el anhelante bordo de la *Esmeralda*.

Abatióse por primera Aldea—el valiente atalaya—

dor de la bandera—alcanzado por tres proyectiles. Manando sangre, buscó una bita en la caída y se sentó sobre ella, moribundo.

Prat descendió del castillo dirigido hacia la guarida del enemigo, hacia la bella muerte. El Desconocido lo seguía. Ambos pisaron la cubierta férrea del monitor. Delante estaba la torre blindada, estaban las troneras del alcázar desde las cuales se asomaban los cañones de los «comblain».

Prat empuñaba un revólver y en la derecha la espada audazmente erguida en alto; el Desconocido llevaba en las manos nervudas el hacha del abordaje.

Dos hombres con arma blanca iban al asalto de una nave invulnerable, embutida de acero y de granadas; iban al asalto de un enemigo que los espiaba tras seis pulgadas de hierro. Sublime locura. En sus almas vibraba el alma heroica de toda su raza. En sus corazones palpitaba el corazón inmortal de toda una nación.

La audacia no era humana, era divina.

Eran autómatas humanizados de coraje.

Eran titanes sublimados de heroísmo.

La historia los besaba en la frente y los impelía...

* * *

En el bosquejo de la fusilería caminaron impávidos.
El Desconocido derribóse, fulminado.

Prat quedó solo. Solo sobre la cubierta de los cadáveres donde la vida era la muerte, herido él también. Su paso no titubeaba.

¿Adónde iba?

¿Iba, tal vez, a arriar el pabellón peruano flotante

al tope, al que hacía escolta de honor el exánime cuerpo de Velarde?

Resueltamente pasó a babor de la torre blindada y continuó hacia popa...

¿Cuántas balas le hirieron en su épica marcha?

No cayó; se arrodilló. La espada le sirvió de báculo. Se volvió quizás presago; se volvió para fijar la última mirada agonizante a su nave que sucumbía, para acariciar con el beso de sus pupilas la bandera de su gente. La mano izquierda corrió al corazón—no para comprimir la herida... pero sí para comprimir el amor. Solamente Grau una hora más tarde debía revelar el misterio.

Acribillado a muerte no cedía. Su robusto tronco fieramente se erguía sobre las piernas abatidas. Encotraba su equilibrio no en las leyes de la vida, pero sí en las de la muerte. Sus labios se movían sin sonido; sus pupilas giraban en el círculo de la inmensidad.

¿A quién invocó en el momento supremo con los trémulos labios?

¿Invocó El a Dios? ¿Invocó El a la Patria? ¿Invocó El a su Familia?

Verdad es que en el agonizante cuerpo el corazón se le deslió de amor.

Y no vivió sino un suspiro.

Un fusilero apareció de las entrañas blindadas del monitor y con una bala de «comblain», disparada a dos metros de distancia, le partió la frente «destapándose completamente el cráneo, cuyos sesos quedaron desparramados sobre cubierta».

El holocausto había cumplido.

* * *

Como Cristo, a treinta y tres años. El subía la cumbre del Sacrificio.

* * *

El Cóndor moría y nacía el Héroe.

Nacía el Héroe puro, el Héroe maravilloso, el Héroe legendario para fertilizar en su tierra, aún más lozana, el *haza feraz* del heroísmo.

De los mortales restos su espíritu ascendía para aletear indómito sobre la cubierta gloriosa de la nave moritura, para aletear eterno sobre la tolda gloriosa de la tierra que por su sacrificio elevaba a nación.

III

LA APOTEOSIS

«Ustedes no son prisioneros, ustedes son naufragos. El valor de ustedes no tiene ejemplo en la historia de las guerras marítimas».

Palabras del general peruano Buendía a los sobrevivientes de la *Esmeralda*.

En Iquique, el 23 de mayo de 1879.

El furor bélico se había como inclinado—deteniéndose—ante la grandiosidad del holocausto. Callaban los cañones del *Huáscar*. Callaban los cañones de la *Esmeralda*.

El monitor retrocedía para reemprender el espacio del ímpetu.

La corbeta inmóvil, no se sumergía. Su vitalidad era portentosa.

La gente chilena, con el corazón todo una pupila, había seguido angustiada, el trágico acontecimiento. Como un solo hombre, en un grito herido y descompuesto, desprendióse cuando el Héroe se derribó para siempre en la sombra de la torre blindada.

¿Qué gritó?

Misterio. Pero aquel grito fué el juramento supremo de los morituros.

En aquel entonces, en medio del clamor, una bocina tronó desde el bordo del monitor.

¡Ríndanse!

¿Quién oyó la atroz ofensa a la raza de Arauco?

¿Quién respondió las sublimes palabras?: ¡Los chilenos no se rinden, se mueren!

Misterio.

La *Esmeralda* estaba todavía, estaba siempre allá, firme sobre las aguas, fiera, impertérrita, valiente, sangrienta. Su tricolor desplegaba a los vientos el guante de desafío que parecía azotar, a cada sacudida, la flotante fortaleza del enemigo. No se rendía. No aceptaba cuartel. Podían aniquilarla, destrozarla, hundirla; pero vencerla, jamás.

No se vence la muerte.

* * *

La consigna era morir.

Sobre el puente de Prat lucíase la esbelta figura de Uribe. Sobre el proal castillo la activa belleza de Serrano. En sus grandes corazones resonaron las fa-

tídicas palabras del Héroe: —... «¡y si yo muero mis oficiales sabrán cumplir con su deber!...».

Bajo la bandera de la Patria Uribe llamó a reunión a los subalternos. Eran ellos Sánchez, Serrano, Hyatt, Riquelme, Zegers, Wilson, Fernández Vial y Hurtado.

Se divisaba distintamente sobre la cubierta del *Huáscar*, extendido a babor, entre la torre blindada y la camisa de las calderas, el exánime cuerpo de Prat.

Ellos lo sentían.

El puesto de ellos estaba allá, a su lado. El cuerpo del Héroe debía ser sepultado entre cien cuerpos hermanos. Debían como un solo hombre saltar al abordaje sobre la tolda consagrada, bajar a los antros mictoriales del adversario, para así vengar en el destrozo de la carne enemiga al jefe venerado, a todos morir. Debían vencer o morir pecho contra pecho, revolver contra revolver, machete contra machete.

Ellos lo sentían.

Riquelme, noble de ira—roto en llanto—decía:
—¡ Debemos vengarle!

Serrano repetía:

—¡ No hay otra salvación que el abordaje!

Uribe dijo a Hyatt:

—¡ Tenga listas las válvulas!

El jefe de las máquinas respondió:

—¡ Están listas!

Se quería inundar o hacer saltar la corbeta si la suerte hubiese sido adversa. Los vivientes, torva y terriblemente mudos entre los cadáveres de los compañeros, blandían los machetes amenazadores. Habrían sido leones.

¿No había, por ventura, Cochrane—en el Callao—capturado al abordaje la primera «Esmeralda»? ¿No

había también Blanco Encalada—en Talcahuano—capturado la «Santa Isabel»? ¿No había Williams Rebolledo—en las aguas de Papudo—capturado la «Covadonga»?

La consigna era morir.

* * *

Serrano repasó por la viscosa cubierta ensangrentada, entre los muertos héroes, para contar a los vivos.

Los guardiamarinas Riquelme, Zegers, Fernández y Wilson se lanzaron a las baterías. Hurtado volvió a su puño de soldados. El contador Goñi con su palabra animó a la gente.

—Hay que preparar el abordaje.

Uribe buscó al corneta. Había muerto. Llamó a otro. Presentóse Reyes, un cabo de sesenta años. El instrumento de Bracales pasó a sus labios, pero de ahí a pocos toques del «calacuerda» el viejo se tumbó muerto en el puente. Un tercero lo reemplazó. No conocía sino las notas del zafarrancho de combate. Y tocó como un arrebatado, a degüello, la señal superflua.

Y el zafarrancho fué por aquella vez la exaltación acústica del asalto.

* * *

En la costa los espectadores habían vuelto a subir la playa y aparecían como puntos negros, lejanos.

El *Huáscar*, a ochocientos metros, habíase detenido. Su ariete puntiagudo buscaba el corazón de la *Esmeralda*, antes que lanzarse con ímpetu salvaje.

La corbeta lentamente, iba a la deriva llevada por

la corriente. Por sus costados el agua se filtraba; en los cilindros el vapor llegaba sin expansión; tres calderas habían dejado ya de funcionar; en derredor de los cuatro cañones supérstites se acumulaban las últimas municiones.

La nave moribunda no tenía de vivo más que las banderas ondulantes al viento.

Uribe sobre la toldilla, privado de espada, era todo brazos en mandos, nervioso. ¿Cómo podía gobernar a fin de prepararse al abordaje?

La impotencia enmudeció al nuevo comandante.

Es entonces cuando Riquelme—el morituro—detiene a Zegers, le estrecha la mano como presagiando, y le dice:

—Si la suerte es adversa a uno de los dos, espero que sabremos cumplir como amigo y compañero.

Y fijan las miradas a la bandera que ondea risueña, envolviendo en sus pliegues la grande alma invisible de Prat...

Por Riquelme otra alma sonría más allá, desde el jardín florido de la vida...

* * *

El *Huáscar* vuelve. Vuelve arrojando al cielo humaredas negras, erizados los cañones amenazadores que parecen dientes rechinantes de mastín, velozmente... al paso que la *Esmeralda* lenta en su solemnidad, reencuentra el último destello de su fuerza motriz y vira, vira anhelante sobre el perno de su viejo corazón.

... y las notas sarcásticas del zafarrancho tocan al monitor la marcha triunfal...

* * *

El huracán de fierro y fuego se precipitó más violento, más formidable sobre las amuradas de estribor, allá donde el castillo se levanta por sobre la cubierta. El ariete de acero penetró en los costales—de través—con un estruendo ensordecedor abriendo un pasaje a las olas sitibundas, y la bordada de los cañones de a 300—disparada a toca penoles—vomitó sobre el costado y la cubierta de la nave mártir, la tormenta clamorosa y micidial del estrago.

El agua corrió a torrentes por las entrañas descompuestas, montó la Santa Bárbara, invadió las máquinas, apagó las calderas.

La *Esmeralda* se había defendido más allá de lo humano. Habíase vuelto un volcán de fuego. Las supérstites artillerías y la fusilería, fulminado habían la masa del monitor para preparar el abordaje.

Todo en vano.

La huella de la muerte surgía con llamaradas de fuego de su esqueleto.

En el entepuente de la popa una granada estalló destrozando el aparato del timón, y todos los timoneles—muchachos de 16 años—quedaron hechos pedazos... En la sala de armas una bomba aniquiló el manípulo de héroes de las máquinas. Diez cadáveres informes circundaron a los restos macabros de Mutila, de Manterola, y de Gutiérrez; Segura, el sangrador, se había milagrosamente librado de la carnicería para morir al cabo de pocos minutos. Hyatt había ya expirado, a los pies de una escalerailla del puente, derribado mientras acudía a anunciar a Uribe que en el

sepulcro de las máquinas el agua había vencido al fuego.

Todo un desgarro era el interior de la corbeta.

No se podía bajar, no se podía subir.

En lo bajo estaba la asfixia.

En lo alto el cañoneo.

* * *

Serrano—el intrépido—no erró el golpe.

Esperaba en el castillo—donde más arreciaba la tormenta—el instante propicio al abordaje. A sus espaldas había un puñado de bravos.

Tan pronto que los castillos de las naves se habían compenetrado en el trágico beso, Fernández Vial rápidamente había arrojado la amarra, y estaba con los suyos recuperando el cabo que felizmente había hecho presa, cuando un negro gigantesco con hercúlea fuerza libró la vuelta y la echó al mar. El peruano no sobrevivió a su audacia. Se le vió repentinamente tumbarse bajo los disparos de los gavieros chilenos.

La acción fué tan rápida que Wilson no tuvo tiempo de colocar el anclote a fin de que el apretón magno fuese indisoluble.

La violencia del choque mismo separó instantáneamente los cascos. Las lidiadoras no riñeron como ya lo habían hecho en la primera colisión. El *Huáscar* separóse con un racimo de hombres agarrados desesperadamente a las cadenas de sus anclas abozadas.

Serrano estaba con ellos, primero entre los primeros.

Risueño se irguió sobre el castillo consagrado, blandiendo la espada y el revólver. Once audaces le

hicieron corona armados de rifles, bombas, hachas y machetes.

Ante ellos yacía el cadáver de Aldea, el cadáver del Desconocido, el cadáver de Prat.

—¡Adelante!—

La epopeya renovábase.

* * *

El instante huyente aisló a Serrano como había aislado a Prat.

Uribe sobre la toldilla estaba ya muy lejos. El teniente Sánchez y los guardiamarinas, atentos a las maniobras o inclinados sobre sus piezas fueron sorprendidos por la rapidez de la acción. Cuando se precipitaron era demasiado tarde: entre los dos cascos estaba el abismo del agua arremolinada. La *Esmeralda* no podía colmar aquel abismo. Estaba como encallada.

Riquelme quedó sobre la amurada, firme, profundamente abatido a mirar la onda cruel. Después se estremeció, irritado; se dirigió, se abalanzó sobre su cañón y lleno de ardiente furia disparó, disparó contra las cofas micidiales del *Huáscar* desde las cuales la muerte habría segado por dentro las filas de los audaces.

El perro, sobre la cima de la borda, persiguió corriendo y ladrando a la proa enemiga que declinaba veloz hacia la popa.

* * *

Serrano no contó sus hombres; la embriaguez tumultuosa de la batalla ceñíale.

Descendieron del castillo como panteras, saltando, tropezando, cayendo.

—¡Adelante, muchachos!

Prat estaba allá distante, aun tibio, trágicamente rojo. El enemigo espiaba desde las troneras y las cofas con los «comblain» apuntados, con las ametralladoras cargadas, pronto al lanzamiento de la bomba de mano.

El crepitar comenzó. Pasó la ráfaga del plomo sobre el racimo de los temerarios. La muerte con la más porfiada pertinacia blandía en redor su guadaña.

Serrano fué herido mientras se precipitaba en la cubierta; en el estómago recibió el golpe mortal. Por toda respuesta gritó:

—¡Adelante!

A cada paso un chileno caía.

—¡Adelante!

Teniéndose las manos comprimidas al abdomen, Serrano avanzaba. El ímpetu y el ardor arrastraban el cuerpo traspasado. No cedía, no quería ceder. Los commilitones vecinos le oyeron murmurar:

—¡No hay que darse, muchachos!

Presagiaba su fin. Un flujo de sangre le aflujo a la garganta. Sucumbió a pocos pasos de la torre. Esteriorosamente saludó:

—¡Adiós, bandera!... yo muero...

Cayeron todos menos tres, a los que el azulado mar acogió para rendirlos a su tumba flotante.

Los nueve cadáveres, como una secuela de gotas sanguíneas, sellaron los pasos de la fatal carrera que, desanudándose desde el cuerpo de Aldea, iba a enlazar el despojo mortal de Prat, encerrando en el centro los restos de Serrano y del Desconocido.

Sólo la muerte había domado a los Héroes.

* * *

No en la victoria, sino en la derrota es donde los valientes se convierten en héroes.

* * *

En la última fase de la agonía entraba la *Esmeralda*: en el coma. Despues de la febril brega la pasiva resistencia; despues del delirio, la inconsciencia sobre la que incumbe la muerte.

No era ya una nave; era un pontón, era un esqueleto, una tumba flotante.

Sus minutos adherían a la eternidad.

Había muerto Prat, había muerto Serrano, había muerto Hyatt. ¿Quién podía sobrevivir?

¡La bandera!

El pique podía hacerse añicos, la bandera precipitar y así el emblema de la Patria desaparecer suscitando el equívoco de una falsa rendición.

¿Qué valía la vida ante el honor de la República?

Y en aquel momento terrible la virtud heroica de los hijos de Chile encontró todavía la serenidad de alzar a la driza de la mesana la segunda bandera de combate a fin de que repitiese—una vez más—a la luz resplandeciente del sol, toda la gloria guerrera de la joven Nación.

Muriendo así—verdadera necrópolis flotante—con pocos contados minutos de vida, volvía a desafiar por más tiempo al formidable e incólume enemigo...

* * *

El *Huáscar* retornaba bufando para el último choque. No más a nueve millas corría al encuentro, sino

a once desplegando toda la velocidad de sus calderas cándentes.

Grau quería concluir; concluir una vez para siempre. El porfiado combate de aquella nave petulante con las ancas de madera, le preocupaba. La larga resistencia no intercalaba en su blasón de marino audaz un laurel de gloria. Dentro de su torre se había inclinado de admiración ante el valor indomable del enemigo. Vuelto al cirujano Tavara le había dicho:

—No me imaginé una lucha tan encarnizada. Estos chilenos son unos valientes.

Y en la playa, pocos momentos después, el general Buendía—jefe del ejército peruano—profundamente impresionado, observaba:

—¡Y contra estos hombres vamos a tener que pelear!

* * *

A bordo de la *Esmeralda* se esperaba...

Enviado por Uribe un guardiamarina alcanzó hasta la escotilla de las máquinas. Quiso bajar. La escalera no existía. Entonces se asomó a la boca de la oscura vorágine y gritó:

—¡Ea... de la máquina! ¿Podremos todavía movernos?

Ninguno le respondió. Repitió la llamada:

—¿Puede maniobrar la corbeta?

Y tendió el oído. No oyó más que el borbollar del agua remolinándose en los pañoles.

Todos habían muerto.

* * *

El tercer espolonazo no fué choque, fué catapulta. El ariete cogió el casco inmóvil, en pleno centro,

perpendicular. Las granadas de a 300, disparadas a toca penoles, sembraron otra vez el estrago. La respuesta de la corbeta no fué más que la lánguida bordada, sobre la cual silbó el crepitar de la fusilería.

Después, la corneta insaciable enmudeció y una pausa sepulcral se difundió por la inmensidad del océano.

Mortal había sido esta vez la herida. La proa cortante había abierto a lo largo de toda la costilla maestra un desgarro espantoso y había puesto al descubierto las entrañas tenebrosas de la nave mártir.

Cayeron horribles las ondas, engolfándose en una aspiración de vértice.

El *Huáscar*, retrocediendo, se sumergió en un oasis de silencio, en espera...

* * *

Cual viviente que en los últimos alientos, cuando ya el frío de la muerte sube por las extremidades, se rebela con un frémito que todo lo sacude, tal el casco de la *Esmeralda* osciló en larga agitación, ofreciendo el costal desgarrado a la sed de las olas.

Lentamente se inclinó a estribor y, primero, la proa comenzó a sumergirse.

En la confusión del naufragio el orden estuvo en el sentimiento de cada uno. Los morituros emergieron de las baterías, descendieron de las cofas, y como fantasmas se alinearon a popa, bajo las banderas.

Eran unos sesenta, con la ropa toda hecha harapos, los rostros negros, las manos sangrientas. Los marineros no se distinguían de los oficiales.

Uribe, desde la toldilla, ordenó la maniobra de salvamento. No para él, ni para sus hombres; sino para

los heridos, que aún languidecían en la cubierta. Algunos tripulantes se lanzaron hacia las lanchas despanzurradas e inservibles.

Riquelme, estaba en su cañón—el solo sobreviviente—decidido a disparar hasta que el agua no le hubiese llegado a la garganta.

La proa se hundía. El agua subía por los escobenes. La onda penetraba por los imbornales en la cubierta.

Subía... Subía...

Por los tablones del castillo el mar jugaba en leves olas, ricas de espuma. Vez hubo en que el bauprés se dibujó como una tela de araña flotante en la superficie verdosa del océano.

Subía... subía... irremediablemente subía...

Mientras la proa descendía al abrazo aniquilador, la popa se levantaba. Se levantaba tendiendo hacia el cielo las banderas que la gloria dorada del sol bendecía.

Breves instantes, aún...

Uribe se asió de la mesana. Sánchez mandó el último disparo. Riquelme alzó la rabiza para la última descarga. Los marineros se congregaron en círculo alrededor del mástil, mostrando al enemigo espectador, los puños tendidos. No era la serenidad de la resignación; era el odio terrible que prorrumpía después de tres horas y media de martirio y de espasmo. El rudo hijo de Chile revivía en su sangre araucana la última, la extrema rebelión.

Subía el agua... seguía subiendo...

La *Esmeralda* expiraba...

De repente la catástrofe.

* * *

Si majestuoso había sido su descenso, solemne fué su desaparición.

La masa de agua espumosa bramó ondeante por toda la cubierta, redespertando la sangre coagulada. Todo se sumergió menos la toldilla. Por la vislumbre de un instante, ella dominó sola el trágico espejo del agua con sus mástiles inclinados.

Entonces el alma de la *Esmeralda* exhaló en un clamor de vida sellado por un trueno. Por encima del alarido de los náufragos rugió el cañón de Riquelme. Sobre el escudo de la muerte brotó una corona de fuego.

El postrer cañonazo saludó a la bandera que descendía, a la nave que hundíase, a los valerosos que morían.

El «viva» postrero saludó a la victoria de la muerte, concluyendo en el desafío lanzado al enemigo:

—¡Viva Chile! ¡M. . . . !!! !!!

Extinguió, la palabra de Cambronne, la vida de la nave mártir.

* * *

Perdido el encanto del equilibrio, la *Esmeralda* hundióse fulmínea. El alcázar vertical se levantó mostrando en cueros el timón acribillado de proyectiles; después el palo de mesana desapareció golpeando el agua violentamente como atraído en la vorágine por una fuerza monstruosa. Los pabellones, últimos se hundieron..., Zabulléronse ensobrecidos, desplegados al viento, llenos todavía de trémulas sonrisas. El del pique, primero... El de la popa, más tarde.

Después, por la dilatada superficie del océano no quedó, sobre el borbollar del agua y sobre el purpúreo encaje de espuma, sino un flotar de cadáveres y despojos, entre los cuales se debatían pocas cabezas negras de náufragos.

Y como llamadas por un signo misterioso, bajaron de las cimas adustas de las montañas, las procesiones aladas de los pájaros y, acariciadas por el vívido resplandor del sol, vinieron a voltejear sobre la tumba azul de la *Esmeralda*, diseñando en la celeste bóveda del cielo—siempre, siempre renovada—la grande, la etérea, la única Cruz de la Paz que posea el desmesurado cementerio del mar.

* * *

A las 12 y 10 minutos, el miércoles 21 de mayo de 1879, a la altura de la cuesta del Anzuelo, la *Esmeralda* se fué a pique.

El reloj de bitácora recuperado cinco años después, señalaba la hora fatal que Grau, con una precisión cronométrica, había anotado en su libro de bordo.

La misteriosa justicia reconsagraba fatal aquella misma hora en el combate que se desarrollaba al sur, reivindicando el suplicio de la nave mártir con la perdida de la fragata más poderosa de la armada peruana.

Mientras la *Esmeralda* bajaba a los abismos del mar, la *Independencia* trepaba por las rocas de Punta Gruesa.

Ambas muertas.

Pero, en la muerte, separadas por la censura y la alabanza.

* * *

La palabra de Cambronne.

Allá, sobre el océano aún trastornado de remolinos, entre el flotar de cadáveres y despojos, ante los enemigos espectadores de la tierra y del mar, el eco ju-

gó con la palabra obscena y la hizo sagrada a la gloria de la República.

El alma heroica de los morituros vomitó el vituperio y lo bautizó como grito de guerra.

La injuria con que los huasos de O'Higgins en la hazaña de Rancagua habían afrentado a la soldadesca de Osorio, refugióse en los labios de los grumetes de la *Esmeralda* al par de una perla engarzada en un mar de berilo, y se sublimó como expresión soberana.

El nombre lúbrico que el eco percutió y repercutió por las abruptas montañas forjándolo de puro acero, lanzado en el instante de perecer, al rostro del enemigo, fué el sello más sincero, más pintoresco, más característico del rudo hijo del pueblo que lleva en las venas la sangre de Arauco.

La vulgaridad ascendía majestuosa al trono de la gloria.

Podía gritar este hijo anónimo—vencedor de batallas: —Malditos! — y dijo: ¡M. . . . !

Podía gritar: — ¡Cobardes! y dijo: — ¡M. . . . !

La sublimación del heroísmo no necesita expresiones corteses.

Prat había recordado, en el supremo recogimiento, a Dios, a la Patria, a la Familia, sin rencor para con el enemigo combatiente. El grumete recordó a la Patria y, en el estallido salvaje del odio, la materialidad de la vida. Todo el universo habían abrazado ambos. Eran perfectos.

La expresión reflejaba el alma, desentrañaba la psicología de este paria de los campos de Chile.

Moría desafiando con el insulto ignominioso al enemigo...

Su vitalidad superaba las vallas de la agonía.

La palabra precisa, vulgar, cortante, oprobiosa,

brutal era a la par de su dicho: ¡Por la razón o la fuerza! De ésa manaba íntegra su alma eternamente rebelde.

¡Era El! Era el roto de Santiago, de Valparaíso, de La Serena, de Concepción, de Chillán, de Talca, de Los Andes, de Coquimbo, de Osorno, de Valdivia, de Puerto Montt, de Punta Arenas...

¡Era El! Era el paria de la Pampa, del Aconcagua, del Mapocho, de la Cordillera, del Maule, del Biobío, del Pilmaiquén, del Corcovado, del Cabo Pilar...

La palabra no resulgía la refinación, la cultura, la civilización de un pueblo, pero en cambio era la fuerza, la gallardía, la prepotencia de una nacionalidad. Las virtudes de quien nace y vence, no las de quien decae y muere.

La heroica alma de la nave mártir exhaló así en el insulto obsceno que es el más natural, el más grande, el más excelsa del léxico humano.

Y la invocación pasó por segunda vez a la historia.

APÉNDICE

1.º La reconstrucción histórica del combate, basada en documentos e informaciones oculares sean tanto chilenos como peruanos—a veces en mutua contradicción,—sigue, en las versiones dudosas, la más fidedigna y la lógica natural de los hechos.

2.º Por cuanto a primera vista de la lectura del texto no lo parezca, el autor ha tenido que desarrollar una ardua tarea para hacer objetiva y al máximo completa y exacta la reconstrucción, porque no existe en la bibliografía tanto chilena como peruana, una publicación agotante del argumento y que, en la casi tota-

lidad, no sea exenta de aquel espíritu de parte que no puede desunirse del sentimiento de la Patria.

3.º Las frases contenidas en el texto son históricas. Solamente en el grito de Prat fué agregada la frase que algún testigo refiere de haber oído: «Los buques más fuertes de la flota enemiga están delante de vosotros», que perfecciona y completa el discurso y que indudablemente Prat debe haber recordado—sereno y examinador como era—no obstante que Uribe, Sánchez y Zegers en la prisión de Iquique, recorriendo con el pensamiento aquel discurso, pusieran de acuerdo sobre su compilación.

4.º La tripulación de la *Esmeralda* constaba de 200 hombres así subdivididos:

19 oficiales.
23 soldados.
157 marineros.

1 civil (I. Cabrera Gacitúa).

El alistamiento de la tripulación se llevó a cabo en 24 horas en el puerto de Valparaíso por el teniente L. Uribe. Comprendía 15 extranjeros: 5 italianos, 4 griegos—4 ingleses—1 francés—1 escandinavo.

5.º Según los datos oficiales chilenos los sobrevivientes de la *Esmeralda* fueron 53. Según los datos oficiales peruanos (M. Grau) fueron salvados 64 náufragos.

6.º El *Huáscar* disparó durante el combate 47 tiros de a 300 (Grau).

La *Esmeralda* disparó durante el combate 200 tiros de a 40 (Hurtado).

Los primeros dos espolonazos fueron dados a una velocidad de 8 millas de andar; el último de 11 millas.

7.º Crispín Reyes era hombre de color.

8.º Fuerza naval chilena:

Esmeralda—Corbeta a vapor 1856; Ton. 855; 200 HP. 5 millas; cañones: 12 de 40 libras; 200 hombres; Comandante A. Prat C.

Covadonga—Goleta a vapor; 1859; Ton. 412; 140 HP; 7 millas; cañones: 2 de 70 libras; 104 hombres; Comandante C. A. Condell.

9.º Fuerza naval peruana:

Huáscar—Monitor; 1864; Ton. 1.130; 300 HP; 11 millas; cañones: 2 de 300 libras; blindaje: 4½ pulgadas; Comandante M. Grau.

Independencia—Fragata blindada; 1864; Ton. 2.004; 550 HP; 11 millas; cañones: 2 de 150; 12 de 70; 4 de 32; 4 de 9; blindaje: 4½ pulgadas; Comandante J. Moore.

BIBLIOGRAFÍA

Por la ayuda gentil y la facilitación de publicaciones raras y casi desaparecidas, el autor se siente en el deber de expresar un público agradecimiento al prestigioso escritor e historiador don Roberto Hernández. Subdirector de la Biblioteca Pública de Valparaíso.

OBRAS CHILENAS

Partes oficiales chilenos.—Ten. L. Uribe, Cap. C. Condell.

Boletín de la Guerra del Pacífico.—Gobierno Chileno.
Colección de la Guerra del Pacífico.—Pascual Ahumada Moreno.

Álbum Gráfico Militar.—V. Zegers R.

Operaciones de la Escuadra chilena.—Williams Rebollo.

Los combates navales en la guerra del Pacífico.—A. Luis Uribe.

Influencia del poder naval en la historia de Chile.—Luis Langlois.

Historia de la Guerra del Pacífico.—Diego Barros Arana.

La Guerra del Pacífico.—Gonzalo Bulnes.

Guerra del Pacífico.—Ignacio Santa María.

Crónica de la Marina chilena.—Almirante Silva Palma.

Las dos Esmeraldas.—B. Vicuña Mackenna.

Los Pililos de la Esmeralda.—B. Vicuña Mackenna.

Arturo Prat y el combate de Iquique.—Jacinto Chacón.

Arturo Prat.—R. Guerrero V. y Toribio Medina.

La Apoteosis de Arturo Prat.—J. Abel Rosales.

El Combate Homérico.—Vicente Grez.

El 21 de Mayo de 1879.—Número de «La Patria» 1880.

El combate de Iquique.—Número de «La Patria» 1886.

Colecciones de la revista Zig-Zag.

Colecciones del diario «La Unión».

Colecciones del diario «El Mercurio».

PERUANAS

Partes oficiales peruanos.—(Lima) Alm. M. Grau, Cap. J. Moore.

Diario Oficial del Gobierno peruano.—(Lima). Años 1879-80-81-82.

Carteos del Pres. Prado y del Alm. Grau.—(Lima), Guerra de Chile con el Perú y Bolivia.—(Buenos Aires y Lima). M. Felipe Paz Soldán.

La Campaña Naval—(Lima). Julio Octavio Reyes.

La Guerra del Pacífico.—(Lima). Goyenne.

La Guerra declarada al Perú y Bolivia por Chile.—(Bruselas). Gabino Pacheco y Zegarra.

La Usurpación del Pacífico.—(Lima). Goyenne.

La Guerra declarada al Perú.—(Lima). N. Castro.

ECUATORIANAS

Memoria del bloqueo de Iquique.—(Guayaquil). James Puig y Verdaguer.

ITALIANAS

Storia della Guerra d'America.—(Firenze). Avv' Tommaso Caivano.

Il Chile nella guerra del Pacifico.—(Napoli). P. Benedetto Spila da Subiaco.

Viaggio della Garibaldi.—(Roma). Dott. Felice Santini.

Il Perú e i suoi tremendi giorni.—(Milano e Lima). Perolari Marmignati.